

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 317

Barcelona, 15 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Esto no
quiere decir
que Pedro se

haya marchado inmediatamente al frente de España a sacrificarse al lado de los otros partidarios vuestros. No. El se ha quedado aquí...

("Carta abierta al general Franco", por Horia Roman).

Carta abierta al general Franco

...desde el sacrificio de la guerra civil a un cabaret

Por HORIA ROMAN

Señor General:

Soy uno de los más apasionados lectores de los telegramas que nos llegan de España, península ensangrentada por el fuego de las ametralladoras y por la matanza que habéis tenido la nefasta idea de provocar.

Soy, al mismo tiempo, un irremediable adversario del tan renombrado «nacionalismo», en nombre del cual habéis devastado la mitad de vuestro hermoso país, y habéis ensangrentado los sueños de una generación que se ha sacrificado por la libertad del pueblo español.

Tengo la impresión incluso que un trozo de mi alma se ha desgarrado en alguna parte, lejos, en Guadalajara, o en Guernica. Os escribe, pues, un adversario convencido de los rebeldes que luchan bajo vuestro mando, un adversario resuelto del fascismo de Italia, de Alemania, del Japón y de todas partes.

Me apena cualquier triunfo vuestro (??) transmitido por Radio Sevilla (??). Aunque desde algún tiempo a esta parte no creo en la seriedad de las palabras de Queipo de Llano. Este «speaker» se burla de nosotros hablándonos, desde hace cerca de dos años, de la caída de Madrid.

Pero dejemos esto aparte y vayamos al objeto principal de la presente carta.

Señor General:

Una cuestión local, para llamarla así, me lleva al caso vuestro.

Conozco perfectamente la importancia que tiene en el plano internacional la lucha entre fascismo y democracia; lucha dramática y profunda en la que hay sus promotores y sus héroes.

Aparte de los hombres enviados «por orden», como por ejemplo los moros, italianos y alemanes, se encuentran también en las filas del (¿) Ejército vuestro (?), enrolados de buena fe en la lucha ideológica que habéis provocado, algunos soldados—muy pocos, seguramente—. Y como esta guerra, al igual que todas las guerras, tiene sus días de sacrificio, me permito recordar con emoción cualquier sacrificio de sangre hecho en nombre de una idea o de una convicción.

Naturalmente, siento más las bajas habidas en el frente de la libertad. La muerte de estos luchadores tiene una profunda justificación: caen defendiendo la idea de independencia del pueblo español y de todos los pueblos del mundo.

Pero, como decía más arriba, no por eso dejo de sentir también el sacrificio de los caídos en las filas vuestras, porque su sacrificio, aún equivocado, significa la presencia de una fuerza moral, rara en nuestros tiempos.

Señor General:

Estando así las cosas, y habiendo precisado desde el principio mi actitud completamente piadosa ante vuestras víctimas, me permito poner en vuestro conocimiento un caso sucedido aquí, en la lejana Rumanía, caso que considero verdaderamente excepcional.

Tenéis en Bucarest una especie de «representante» — para expresarme de alguna manera — del llamado «Gobierno nacional». Se trata, en otras palabras, de un señor que no tiene ningún carácter oficial en nuestro país, un tal Pedro Prat y Soutzo. (1)

Este señor, a quien nuestro hospitalario país ha dado asilo con una exagerada cortesía y benevolencia, se ha declarado, ya desde los primeros meses, partidario de la rebelión de Marruecos, y por consiguiente partidario vuestro. Esto no quiere decir que Pedro se haya marchado inmediatamente al frente de España a sacrificarse al lado de los otros partidarios vuestros. No. El se ha quedado aquí en nuestro país, en donde tiene—me parece—una finca.

A falta de otras ocupaciones, ya que no tiene Legación, Pedro Prat y Soutzo nos da de vez en cuando a los rumanos nuevas lecciones de cómo debemos amar a nuestra patria y no cometer insolencias.

No hemos tomado nunca en serio a vuestro representante. Así somos nosotros. No vamos deprisa a entusiasrnarnos.

Pero, oid algo más.

Hace dos días, volvía yo hacia casa. Era medianoche y un amigo me detuvo en la calle, diciéndome:

—Vete al Bar «Melody» donde verás algo muy interesante. («Melody» es un cabaret de Bucarest).

Obedecí la indicación y fui al «Melody». ¿Qué cree usted que vieron mis ojos?

Aunque el programa de variétés era muy celebrado, el éxito más importante, sin embargo, lo constituía la actuación, en el baile, del amigo Pedro Prat y Soutzo que, vestido de frac y con monóculo, con brillantina en el pelo y con sortijas en los dedos, interpretaba una nueva modalidad de lo que, creo, llaman... «Carioca».

En el mismo día los adversarios vuestros, los gubernamentales, tuvieron en el frente de Aragón una victoria que causó un número apreciable de muertos en el campo fascista.

(continúa en la página siguiente)

(1) Este personaje, Pedro de Prat y Soutzo, se hace pasar unas veces como Conde de Prat y otras como Marqués de Nantouillet, aunque ambos títulos sean notoriamente falsos, pues jamás le fueron conferidos ni reconocidos por la Monarquía española. Se finge representante de Franco en Rumanía, aun cuando tal representación no le haya sido admitida en este país. Cobra de Italia, pues Franco no dispone de recursos suficientes para remunerar su cargo; con diversos pretextos ha obtenido bastante dinero de la colonia sefardita y aun no ha devuelto los fondos de la ex-Legación española en Bucarest. En la actualidad dice ser miembro de Falange Exterior y se muestra ardientemente fascista, sin perjuicio de las fervorosas manifestaciones de republicanismo que hizo en repetidas ocasiones, especialmente en una entrevista concedida a un periodista el 14 de abril del año 1936.

En un principio, y prevalido de ciertas facilidades, se paseaba por Bucarest vestido de falangista y con la bandera monárquica en el coche, manifestaciones radicalmente suprimidas ante las enérgicas gestiones del Encargado de Negocios de la República Española.

España, la paz y la libertad

Con motivo del aniversario de la heroica defensa de Madrid, el «Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo» ha recogido gran número de adhesiones. A continuación publicamos la de:

CAMILLE HUYSMANS, Président de la Chambre Belge:

J'ai assisté à la défense de Madrid. Et j'ai été convaincu, encore une fois, par l'exemple de ces hommes inébranlables, que le monde ne sera pas sauvé par ceux qui courbent l'échine.

Le monde sera sauvé par ceux qui se dressent debout, sans crainte, — par ceux qui luttent, sans désespérer, — par ceux qui réclament justice, sans baisser les yeux.

Quand je pense à la calomnie, dont les défenseurs de Madrid ont été abreuvés par les marchands de morale, à l'hypocrisie des hommes politiques qui, pour de vulgaires intérêts économiques, ont voué ces êtres humains à la mort, et enfin à la trahison organisée autour d'eux, le dégoût me prend à la gorge et je me demande s'il ne vaudrait pas mieux que la civilisation d'aujourd'hui disparaisse à jamais dans sa propre fange.

Mais l'exemple des intrépides de Madrid me démontre que j'ai tort.

(«Clarté», diciembre 1937.)

El Ministro del Interior de los Estados Unidos combate enérgicamente al fascismo

Nueva York, 8. — En el discurso pronunciado anoche por el ministro del Interior, Harold L. Ickes, en el banquete de la Unión por las Libertades Civiles Americanas, arremetió contra el fascismo y dijo que «la nueva locura de las naciones — el fascismo — amenaza a los Estados Unidos y a los derechos y libertades constitucionales de su pueblo». Su discurso fué radiado a todo el país.

«Ha llegado el momento de que hasta las más poderosas democracias del mundo tienen que prevenirse para combatir las intromisiones de los estados totalitarios en sus libertades. Que nadie se duerma en la creencia de que nuestra forma democrática de gobierno está necesariamente asegurada para siempre.»

Dijo que la policía, armada de fusiles, porras e «incluso» gases lacrimógenos, había disuelto algunas reuniones porque a «alguien que goza de influencia no le gustaban las teorías políticas o las filosofías sociales que eran expuestas».

Los que trazaron la constitución — añadió — no pudieron prever el efecto producido en nuestras libertades por la gran concentración de riqueza creada por el incremento del poder corporativo durante las últimas generaciones.

Hablando del Ku-Klux-Klan, dijo que era «la locura de unos hombres en camión de dormir» y agregó que aunque los Estados Unidos habían sobrevivido como

tierra de libertad, a pesar del Ku-Klux-Klan, ahora tenía el país una amenaza mucho más grave: «la nueva locura de las naciones».

Atacó a los Estados totalitarios con una violencia inusitada en un miembro del gobierno, y dijo: «si antes algunos ciudadanos desequilibrados de nuestra nación se dedicaban a un exhibicionismo degradante para el país, ahora vemos naciones que se vanaglorian de su civilización, cometen actos de violencia no provocada con sus vecinos, haciéndonos creer que son buenas acciones.»

En este momento, ciertos países, con la excusa de destruir el comunismo, cometen crímenes de los que se sonrojarían los salvajes; lo mismo harían en nuestra patria los que socavan nuestras instituciones democráticas con igual pretexto. No hace falta ser muy inteligente para comprender que semejante comunismo no es sino el pretexto de que se vale el fascismo para conseguir sus fines de anular la libertad.»

(«New-York Herald Tribune», 8-XII-1937.)

En 3.ª página:

Y siempre igual...

Por Juan de la Encina

CARTA ABIERTA AL GENERAL FRANCO...

(Continuación)

Supongo que Prat y Soutzo no conmemoraba, en el local citado, a sus amigos de ideal caídos en la lucha. Y supongo también que «vuestro hombre» en Bucarest habría de tener ante los muertos de la Junta de Burgos tanta piedad al menos como la que sentimos sus adversarios.

Señor General:

Llamad a Prat y Soutzo a vuestro lado. Aquí no hace ninguna falta. Por el contrario, os compromete en vuestras relaciones y planes. En Burgos o en Sevilla podría realizar un duo extraordinario: don Pedro de Prat y Soutzo del brazo de Queipo de Llano, uno hablando en «serio» y el otro cantando un cuplet de variétés en la Radio, frente al mundo entero.

Obrando así, os aseguro que tanto usted como nosotros, saldríamos ganando. HORIA ROMAN («Adeverul», de Bucarest, 30-XI-1937.)

FASCISMO Y ANTIFASCISMO

En Italia, las cárceles están llenas de detenidos políticos y las islas, de deportados; el descontento cunde en todas las esferas populares del país y penetra hasta en algunos ambientes insospechados. Sin embargo, no llega a formarse una corriente de oposición homogénea. El descontento no es por sí mismo capaz de crear una conciencia política. Todos aquellos que ven en el fascismo la causa primordial de su penuria y de sus sufrimientos materiales y morales ansían el término del fascismo. Pero ¿qué significa el término del fascismo?

Igualmente nosotros, los que residimos en el extranjero, en donde la vida política permite una constante labor crítica en común y la traducción en términos políticos de lo que es antifascismo, estamos aun muy lejos de haber llegado a fijar un «mínimo común denominador» que, ya precisada la naturaleza del obstáculo que hay que destruir, permita una acción general acorde.

Y es que quince años de régimen fascista han desorientado a más de una persona.

El fascismo ha dejado de ser, desde 1925, un partido que opere dentro del marco del Estado, más o menos liberal. El fascismo se ha transformado totalmente y ha transformado al Estado del cual se apoderó. Hoy, el fascismo es el Estado y el régimen ético, político y social. La propia monarquía, instituto-base del antiguo Estado nacional, ha perdido sus prerrogativas y su autoridad. Se ha convertido en un órgano no dominante, sino integrante del Estado fascista; y el Gran Consejo es el que regula con plena soberanía los derechos de sucesión al trono. El ejército, en otro tiempo sostén del Estado monárquico, se ha convertido en apoyo del nuevo régimen, cuyo jefe no es el rey sino el *duce*. Son tantas las transformaciones sufridas por ese ejército, desde 1925, época en que Mussolini llegó a ser ministro de la Guerra, hasta 1934, época de la depuración fascista, que se ha cambiado no sólo su espíritu, sino hasta su estructura. La reciente reunión de jefes de las grandes unidades del ejército fué convocada y presidida por el *duce* y el Príncipe de Piemonte ocupó en ésta un lugar secundario.

El antagonismo, real o supuesto, entre rey y *duce*, entre ejército y milicia, en otro tiempo clave de todo el sistema de la oposición antifascista, no tiene ya sentido. Suponiendo que el rey quisiera hablar al ejército, directa o indirectamente, a través de los jefes de Cuerpo, no podría hacerlo, ni constitucional ni prácticamente. La comunicación entre uno y otro sólo puede efectuarse por medio del *duce* y con su consentimiento. Los miembros de la casa real se hallan dispersos y fundidos en el régimen, ligados a su vida o a su muerte. No fué por casualidad por lo que Mussolini, durante la gran aventura de Africa, nombró al duque

de Bérgamo jefe de la división «Gran Sasso», al duque de Pistoya comandante de la de «Camisas Negras 23 de marzo», y dió al duque de Espoleto el mando de una flotilla ligera en el Mar Rojo. Tampoco intervino el azar en el nombramiento del duque de Aosta como virrey de Abisinia.

El mismo antagonismo entre capitalismo y fascismo, admitiendo, pero no concediendo, que haya existido alguna vez, hoy no tiene sentido. En la organización bancaria e industrial del país, en la organización del Estado corporativo, el gran capital se funde en el Estado: ha cesado de ser independiente, y es esencia primordial del Estado fascista, es fascismo.

La Iglesia Católica, como fuerza política, no está en diferentes condiciones frente al Estado fascista. El tratado de Latrán no se puede separar del Concordato; con estas mismas palabras lo dice el acuerdo. En el tratado, el Estado fascista capitula ante el Vaticano; pero en el Concordato, es el Vaticano el que capitula ante el Estado. El Concordato es la compensación que el Vaticano concede al Estado por la soberanía territorial y las otras ventajas obtenidas con el tratado. Con ello, el Vaticano liga los destinos de su autoridad a los del régimen.

El fascismo es, por lo tanto, la representación del nuevo régimen creado en Italia, en el cual la monarquía, el gran capital y la Iglesia (como expresión política) se funden en un solo ser; el ejército y la milicia son sus atributos armónicos de defensa. El partido fascista propiamente dicho ha dejado de existir como tal y su fisonomía no es muy diferente de la de la milicia: organización de defensa.

Siendo así las cosas (y sería muy difícil demostrar que no son así), la terminación del fascismo no significa ya la terminación del partido fascista, sino la terminación del régimen fascista, o sea, el fin simultáneo de la monarquía, del gran capital y de la Iglesia como Estado. Si el fascismo se desplomara, se desplomaría todo esto. Si el ejército, la milicia y el partido fascista, en una crisis aguda, cediesen como puntales de defensa, todo el edificio que sostienen se vendría abajo. Y no se salvaría ninguno aisladamente, porque cada uno ha perdido su autonomía: monarquía, capitalismo e Iglesia política. Si se desploma una casa no se salva el cuarto de baño o la alcoba o la cocina; todas las habitaciones desaparecen con el edificio derruido.

El proceso político se ha desarrollado en forma tal para el fascismo y para el antifascismo, que ninguno de ellos puede ya volverse atrás: ni el fascismo ni nosotros. Ninguno puede hacer que no haya pasado lo que pasó. En Italia, se ha llevado a cabo una revolución tan profunda, en el Estado, en la economía, en la vida social y en la psicología de

los italianos, que los esquemas parlamentarios del antiguo régimen o de regímenes análogos todavía existentes, no sirven para nada. Estamos en un ambiente revolucionario y debemos vivir y actuar en él. Podemos contemplar con nostalgia cómo se desarrolla libremente la lucha política en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos de América, pero estos son mundos lejanos y extraños a nuestra vida. La situación de nuestro país es otra. Y no podemos desertar de nuestro país.

Es anacrónico el pensar en derribar el fascismo, es decir el régimen fascista, apoyándose en la monarquía; el antifascismo no puede ser nada más que republicano.

Más anacrónico aún es el pensar en la posibilidad de derribar al fascismo dejando intacta la base social o retrayéndola a lo que era en la época anterior al fascio; el antifascismo tiene que ser anticapitalista. Está obligado, lo quiera o no, a afrontar la socialización (o llámesela, si se quiere, nacionalización) de la banca y de los medios fundamentales de producción y de intercambio.

Y es igualmente anacrónico imaginar que, derribado el fascismo, la Iglesia pueda conservar su posición actual frente al Estado republicano. El Tratado de Latrán y el Concordato caerán *ipso facto*. El Papa dejará de ser príncipe con soberanía territorial y se convertirá otra vez en jefe de la religión. La religión católica dejará de ser religión del Estado, será separada de éste y volverá a ser libre asociación de creyentes. Todas las religiones serán iguales ante el Estado republicano.

Esto no es extremismo: es concreción.

Se podrá hablar mucho de limitaciones por la «izquierda», pero las limitaciones por la «derecha» las impone la naturaleza misma de los hechos presentes.

Al régimen fascista deberá suceder un orden nuevo; al pasado no es posible volver.

Agitar estas ideas en las masas, formar en ellas una conciencia política, crear una corriente de opinión y encauzarla hábilmente para el momento favorable y decisivo, tal es el cometido esencial de los partidos políticos. En esta lucha, en la cual puede tomar parte con nosotros la inmensa mayoría del país, deberá concretarse soldarse la alianza del proletariado, de los campesinos, de la pequeña burguesía, de múltiples capas de la burguesía media trabajadora y de los intelectuales.

La grandeza de la lucha presente en Italia y en Europa, no puede ser reducida a las simples proporciones de una lucha política incidental. La lucha es histórica y general; Italia no es sino un sector del formidable tablero de ajedrez. Dos mundos y

En Italia... y en Francia

¿Cuántas veces nuestros fascistas, falsificando la verdad, han parangonado las dificultades económicas financieras que la democracia francesa trata de resolver con la situación, admirable si les diéramos crédito, de los países totalitarios!

¿Enfriarán las siguientes líneas, tomadas de la pluma de Mr. Piersat, en «Paris-Midi», su entusiasmo de encargo?

En Italia, escribe Mr. Piersat, «los billetes pierden su valor, el pan contiene menos harina cada vez. El dinero es cada vez más escaso; las restricciones son cada vez más «copiosas». Crisis de la autarquía italiana hoy, crisis de la autarquía alemana mañana, es lo que deja prever la salida del Dr. Schacht». ¡Tenebroso cuadro! Pero es exactamente el que nos describen todos los viajeros a su regreso de la nación transalpina. ¿Y en Francia? He aquí lo que dice de nuestro país el «Journal of Commerce», publicado en los Estados Unidos:

«Las perspectivas de la economía francesa son mejores que nunca: aumento de la actividad industrial, aumento de las exportaciones, estabilidad de precios... El restablecimiento de la prosperidad económica en Francia tendrá una gran importancia en el mundo.»

¡Llorad, adversarios del Frente Popular!

(«Le Populaire», 9-XII-37.)

dos civilizaciones están frente a frente.

Ya no existen compartimentos-estancos: fascismo y antifascismo se han hecho internacionales. La guerra civil se va ya transformando en guerra entre ejércitos. Y no puede terminar sino con la victoria de uno de los adversarios.

No obstante los errores hasta ahora cometidos, creemos en la victoria del antifascismo, de la cual surgirá una nueva democracia: democracia socialista, en la que la libertad de los hombres tendrá, como promesa y garantía la justicia social.

(«Giustizia e Libertà», 10-XII-37.)

Un coronel médico del ejército italiano dirige en Zaragoza un centro quirúrgico

Hendaya, 1 de diciembre. — Acaba de ser inaugurado en Zaragoza el «Centro Quirúrgico Chiurco», que será dirigido por el médico y diputado fascista italiano Alberto Chiurco.

Este, que ostenta el grado de coronel médico del ejército italiano, y tomó parte en la campaña de Etiopía, se encuentra en la España rebelde desde el principio de la rebelión.

CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE BERLÍN

Berlín, 6 diciembre. — «El católico en Alemania carece de todos los derechos». Así lo declara el obispo de Berlín, conde Conrad von Preysing, en su carta pastoral. «Por sus creencias tiene que sufrir burlas, escarnios, esclavitud y no se puede defender». El obispo, que tan fuertes y conmovedoras frases escribe en su carta, afirma que esta situación tan precaria se ha agravado aún más desde la publicación de la encíclica papal de marzo de este año. El papa tuvo que soportar toda una serie de ofensas. Desde entonces ha aumentado la campaña contra el cristianismo.

Es absolutamente falsa la afirmación que hiciera el Gobierno nazi de que la Iglesia tendría libertad siempre que no se mezclara en la política.

De la esclavitud a que está sometida la Iglesia hay muchos ejemplos. Doce imprentas, en las cuales se hicieron tiradas de la encíclica del Papa, fueron incautadas por el Estado sin indemnización, y las Asociaciones juveniles católicas de Munster, Paderborn, Trier y Limburg fueron disueltas en virtud del antiguo decreto de Hindenburg contra el comunismo. El Estado ha prohibido muchas revistas católicas, así como la difusión de las cartas pastorales, por medio de las hojas parroquiales. Si las autoridades permitieron la tirada en una imprenta berlinesa de 60.000 ejemplares de una encíclica papal, fué porque ésta atacaba al comunismo. Los quioscos de periódicos están llenos de estampas, caricaturas y carteles destinados a borrar del alma juvenil todo respeto y veneración hacia la religión. Se envenena el espíritu alemán presentando la religión católica como elemento disolvente, a la historia de la Iglesia como una cadena de fechorías y al papado como gran obstáculo para el renacimiento de la nación alemana.

El verdadero Cristo, declara el

obispo, no dará nunca su consentimiento a una dictadura que va contra la conciencia. De la lucha contra la religión obtendrán, por la fuerza, pequeños triunfos, pero la unidad de la nación alemana se verá amenazada de muerte en cuanto el pueblo recobre su libertad de acción. Los obispos ansiamos que suene la hora de la paz, pero no una paz a cualquier precio. «Seríamos indignos, si comprásemos la paz haciendo traición a nuestro Dios».

(«Neue Zürcher Zeitung», 6-XII-37.)

Inauguración de un cementerio de «Flechas Negras»

París, 14.—La agencia Radio publica una información de San Sebastián sobre la inauguración en Zama de un cementerio de legionarios, en el que reposan los restos de los «Flechas Negras» muertos en la lucha.

Asistieron al acto, como es natural, el arzobispo de Pamplona, el embajador de Italia, la viuda del general Mola y otras «distinguidas personalidades».

El arzobispo pronunció un discurso en el que exaltó el sacrificio de los «caídos en defensa de la civilización común».

(«La Noche», Barcelona, 14-XII-37.)

El plan cuadrienal va a dejar a los alemanes sin pañuelos ni toallas

Los alemanes no podrán comprar este año pañuelos, ni toallas, ni sábanas, ni camisetas, ni gorras azules, ni sombreros hongo, ni faldas, ni banderas, ni bastones ni paraguas, a partir de primero de año.

Todos estos artículos han sido retirados de la venta, de acuerdo con el plan cuadrienal de Goering.

(«Daily Herald», 10-XII-37.)

Y siempre igual...

Despaciosamente cierra el libro y de igual modo lo mira en el bolsillo de su americana. Con insistente mirar de miope contempla luego el mar, y su pasión contemplativa es tan intensa, que parece hurón al acecho de gazapo. ¿Qué pretende recoger allí con su insistente mirada? El mar está quieto, divinamente calma y perezoso, casi pasmado de delicia, como si entregándose a la consabida lluvia de oro.

El Pobre Crítico, según barruntos, intenta una pequeña: quiere comprender la historia, así, ni más ni menos: ¡comprender la historia!, que es como querer sorberse el mar... No recurre siempre para ello a esos admirables establecimientos—Seminarios, Laboratorios—de la sabiduría histórica al menudeo, en los que se expende, al por mayor o al detall, según los casos, esa sutil y preciosa mercaduría que Renan llamaba «*La petite certitude des minuties*», sino que, a las veces, se le ocurre al buen atrabiliario tomar de potoliera a dama Poesía, con el propósito de que le procure, con su intercesión, un instante siquiera de contemplación de la desnudez sagrada, y, como tal, sacio pavorosa, de Clío. Y es que en ocasiones padece nuestro amigo lo que Heine llamaba irónicamente la extraña manía del pueblo, porque, como esté, se le ocurre pedir en esos instantes de debilidad que cuente la historia al poeta y no al historiador. Los fabricantes, no ya de la calderilla, sino del papel moneda de la historia—y de ahí es cosa común que no atinan a pasar generalmente nuestros historiadores—sonreirán ante tamaña extravagancia con su habitual y beatífica suficiencia.

Ha tomado, pues, por esta vez El Pobre Crítico como profesor de historia contemporánea y moderna a un artista de grande y luminoso estilo—estilo trabajado con el primor gracioso de una tanagra auténtica—y de espíritu zumbón, sentimental, risueño y maleante. Una buena ficha del que llamó un desatentado «estúpido siglo XIX». Y para tratar de levantar un poco el velo del misterio de ese suceso histórico que llaman una revolución, ha recurrido... a una novela. ¡Habrás visto absurdo! Pero así es. Así es también de desorbitado El Pobre Crítico. No ha tomado, pues, de los plúteos de ninguna biblioteca ninguna de esas pavorosas y monumentales obras, imponentes como hipogeos egipcios, en muchos tomos; ha cogido simplemente una obra en uno solo, y él de escaso volumen: *Los Dioses tienen sed*, novela histórica de la Revolución Francesa, de los últimos momentos del Terror, en la que Anatole France vertió con arte exquisito su visión ricamente matizada de tan magno acontecimiento. Menéndez y Pelayo, que algo entendía de arte y de historia, recomienda en una ocasión la lectura de Walter Scott para hacerse una idea justa de la historia medioeval; y creo que fué Carlyle, historiador a su vez de alguna monta, quien venía a decir seriamente que allí, en los libros de fantasía y entretenimiento del novelista escocés, había aprendido lo que era asir el espíritu de la historia; y no nos olvidemos tampoco de *Guerra y Paz*, de Tolstoy, porque, ¿cuántas historias hay escritas que si quiera puedan acercarse en profundidad de sentido histórico a esta novela de los tiempos de Napoleón? Por algo un historiador tan minucioso y analítico como Albert Sorel le dedicó un ensayo, en el que consideraba esa obra de arte como obra de historia. Y entre nosotros los españoles—«hombres de poco seso y, a veces, de ninguno», como él decía—, ¿hay algún historiador que haya calado tan hondo en la realidad histórica española como Galdós, a pesar de que los eruditos pueden señalar en su obra pecadillos contra «la petite certitude des minuties»? De todo lo cual se infiere que, si es verdad lo que le atribuye Heine, el pueblo no anda tan desorientado al «pedir su historia al poeta y no al historiador».

Así puede resultar que, a la postre, le acontezca también al Pobre Crítico tener razón en sus fugas hacia el ameno país de la extravagancia y de la arbitrariedad.

El mar y las nubes, que se construyen a sí mismas y se derrocan en un horizonte trémulo de luz, le sirven en este instante como de fondo y acompañamiento a sus mínimas meditaciones históricas.

Pues, señor—se dice, mientras sorbe con los ojos la calma luminosa del mar joyante—, las revoluciones, en su aspecto externo, en lo que tienen de espectáculo que a sí mismos se dan los dioses a nuestra costa, deben de ser en esencia todas iguales o muy parecidas. Tal vez también en su parte íntima y espiritual. Desde 1914 yo he visto varias revoluciones o comatos de tales fuera de España y ahora veo la que aquí se realiza. No sé si France contempló con sus propios ojos alguna, antes de escribir su libro. Bier pudo, por su edad, contemplar por lo menos la insurrección de la «Commune» de París. Sin duda debió ser así, porque los libros y los papeles viejos suelen ser con harta frecuencia insuficientes para realizar el milagro de la «resurrección histórica», y sin la ex-

periencia de la vida, sin que los ojos del historiador no se hayan llenado antes de imágenes de realidad, de conocimiento del corazón humano, y sin un cierto sentido íntimo de afirmación, no se puede escribir historia... como no sea la puramente erudita. Los tiempos y sucesos que nos pinta France con tan vivos y al parecer verdaderos colores son no poco parecidos a los que vamos viviendo y contemplamos todos los días desde hace un año bien largo. Y no sólo el suceso exterior—las colas, las milicias, los tribunales, las escenas de miseria y dolor, el pavor de los unos, y el coraje de los otros; las clases que se subvierten y se aniquilan, el antiguo orden social y político desquiciado y el nuevo forcejeando por nacer, etc., etc.—, sino también las mismas palabras que se pronuncian, los sentimientos que bullen y explotan o se recatan temerosamente, buena parte las ideas mismas que corren por las crestas de las pasiones, pretendiendo dirigirlas; en fin, todo o casi todo lo externo y lo interno de esta revolución se relaciona y se parece—aunque los trances y su intensidad sean otros—a la que pudiéramos llamar revolución clásica y ejemplar. Sin duda alguna, y ello es cosa bien sabida, la Gran Revolución es el espejo en que se miran todas las otras revoluciones. Estoy por decir... que todas, lo mismo las posteriores que las anteriores. Porque hace tiempo leí en un libro del gran egiptólogo francés A. Moret—*Le Nil et la civilisation égyptienne*—las Advertencias de un Viejo Sabio, en las que se pinta vivamente una revolución acaecida nada menos que dos mil años antes de nuestra era, o sea, unos cuatro mil años antes de la Gran Revolución. Allí—en un papyrus, cuya copia data del tiempo de la XVIII Dinastía—se dicen cosas idénticas o muy parecidas a las que pudiera escribir un cronista de nuestros días, un historiador de la Gran Revolución o un novelista veraz y noticioso de la misma, como Anatole France...

Seguramente—prosigue hablando consigo mismo—, lo que más varía en el curso del tiempo y en la anchurosidad del espacio deben de ser los caracteres de los actores, porque hay, por ejemplo, no poca diferencia del francés al español... aunque, si bien se mira, tampoco en este punto se advierte ninguna que sea esencial y tajante. Hasta un tipo tan francés como el epicúreo y a la vez estoico Brotteaux, el más fino personaje de la novela, como que parece auto-retrato, no es cosa imposible hallarlo en la actual y sangrante sociedad española; no digamos del pintor Gamelin, el jacobino 100 por 100, y aún más, si ello fuera posible, ni de los especuladores y traficantes; ni del padre Longuemere, que, a pesar de que su manedumbre no se aviene del todo con el carácter español, y menos en tiempos de tormenta, no deja también de tener sus sosias en nuestro drama; o la figura de Julia, hermana del pintor jacobino y amante de un desdichado «realista», carácter femenino que parece desgajado de una novela ejemplar de Cervantes; o, en fin, la ciudadana Gamelin, que no entiende, la pobre, y es mejor para ella, nada de lo que pasa, porque sólo sabe que los precios de los alimentos andan por las nubes y, además, escasean; que toda su vida estriba en el pasado, en el antiguo régimen, en la sociedad monárquico-feudal que acaba de desplomarse trágicamente, porque, en el fondo de su corazón insobornable de mujer humilde, está con el pasado, que la ha hecho lo que es, pues el presente sombrío, el tiempo turbulento en que su hijo es actor relevante en la tragedia, no es ya el suyo, ni puede serlo, a pesar de todas las leyes y decretos que pudieran urdir de consuno Maximiliano el Incorruptible y la Convención.

Todo bulle y vive deliciosa y sombríamente en esta obra, en la que la estampa erótica a la moda de Luis XV alterna con la guillotina, las mazmorras y las redadas del Terror; y cuyas velas hinche generosamente el espíritu poderoso de la historia. Enseña a ver con mente clara lo que hierve y fermenta en momentos de cataclismos históricos; y enseña también, como el buen marino avezado a las mudanzas del mar, a tener firme la cabeza y prieto el corazón cuando de pronto el propio país comienza a correr furiosos temporales. Brotteaux, paradigma del epicuro sereno, leía en todas partes, en las «colas», en su zaquizamí, en la prisión y al pie de la guillotina (paliando con los versos latinos el dolor de su miseria), el poema materialista de Lucrecio; en sus días de esplendor, como en los de miseria, enseñó a Lucrecio a tener el ánimo alto y templado y a no dar demasiada importancia a los accidentes de la vida individual.

En tanto divagaba así El Pobre Crítico, el mar, haciendo con él las veces del Lucrecio, le infundía su calma... que en otras circunstancias hubiera sido gozosa.

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Los obreros italianos sabotean la construcción de aviones destinados a España, muchos de los cuales caen destrozados al efectuar vuelos de prueba

Berna.—Comunican de Roma que continúan en arsenales, aeródromos, fábricas de municiones y otros centros fabriles militares italianos, los actos de sabotaje. Hace varios días, en Reggio Emilia, produjéronse varias catástrofes en los aparatos de aviación, debidas a la deliberada intención de los obreros, cada vez más contrarios a los propósitos bélicos del Duce.

Se ha sabido que en el pasado mes, al salir para ejecutar unos vuelos de prueba, dieciséis aparatos de bombardeo destinados al ejército de Franco, capotaron todos, quedando destrozados.

La Policía practicó la detención de gran número de obreros, todos ellos miembros del Partido Fascista, acusados de realizar aquellos actos de sabotaje. La escasa confianza que las autoridades tienen en sus obreros, y la serie interminable de incidentes graves que se producen, ha obligado a que quede suspendida la fabricación de aviones en los talleres Reggio Emilia.

En la España de Franco necesitan un especialista en salchichas alemanas

Del número enorme de extranjeros—¡y qué clase de extranjeros!—que hay ahora en la España de Franco, da idea la misma prensa fasciosa.

El día 9 de noviembre, el «Heraldo de Aragón» daba cuenta de la apertura de un Hospital italiano. Entre los invitados se hallaba el coronel Casinelli, de la «aviación nacionalista», y el teniente coronel Satattone, que según parece, es Inspector de Sanidad de Zaragoza. El edificio fué bendecido por el sacerdote italiano Serafini.

Pero se dirá que en este caso se trataba de un hospital italiano. Muy bien; pero, ¿qué decís de estos anuncios del «A B C» de Sevilla, del 31 de octubre: «matrimonio alemán, sin hijos, desea pensión»; «matrimonio alemán, sin hijos, desea piso pequeño»; «dos hermanos alemanes necesitan habitación»; y, por último, este otro: «se necesita salchichero especialista en salchichas alemanas!»

(«Daily Worker», 10-XII-37.)

No cambia nada

Mussolini proclama la retirada de Italia de la Sociedad de Naciones.

Ello no produce cambio alguno en ningún sentido.

Prácticamente, Italia estaba ausente de Ginebra desde hace dos años, desde que Mussolini comenzó su campaña de asesinatos de los abisinios.

Ante los crímenes de Mussolini contra Abisinia y España, su aplauso por el crimen semejante del Japón contra China y su deleite por cada derrota de las fuerzas de la paz y de la camaradería internacional, la presencia de su representante en el Consejo de la Sociedad de Naciones era una farsa, que ahora ha terminado.

En realidad, deberíamos estar agradecidos a Mussolini por hacernos comprender claramente que no cree en la paz, la justicia ni la libertad, sino en la guerra, en la violencia y en la dominación.

Pues aún existen en la Gran Bretaña personas — algunas de ellas de elevada posición — que tratan por todos los medios de convencerse de que Mussolini es una buena persona que quiere a la Gran Bretaña y desea la paz, pero que no ha sido bien comprendido.

Cuanto mejor se le entienda más seguro estará el mundo.

Naturalmente, lo que los derrotistas dirán ahora es que estando el Japón, Italia y Alemania fuera de la Sociedad de Naciones, es inútil tratar de obtener algún resultado práctico de su actuación.

Sin embargo, la Gran Bretaña, Francia, la U. R. S. S. y 50 naciones más continúan en la S. de N.

¿Qué se pensaría si los ciudadanos de una población dijeran: «Hay ahora tantos violadores de la ley, que es inútil hablar de mantener una fuerza de policía?»

(«Daily Herald», 10-XII-37.)

Al margen del racismo y de las reivindicaciones coloniales de Hitler

Todos los alemanes se van a volver negros, lavándose con carbón

Berlín, 8. — Después de muchos años de ensayos, los químicos alemanes han conseguido hallar el medio de fabricar jabón sintético, a base del carbón como materia prima.

Aseguran que el jabón así obtenido es muy superior a los productos fabricados con materias primas vegetales o animales, y ofrece una resistencia mucho mayor a las influencias de la luz y el aire.

El método se llama «procedimiento Mhausen-Troschke», que es el nombre de su inventor.

Varias grandes empresas carboneras y sociedades industriales han comenzado la explotación en gran escala de ese nuevo producto. Actualmente se construyen fábricas que podrán producir 40.000 toneladas al año. Los centros económicos opinan que la fabricación del jabón sintético es un nuevo paso hacia la realización del plan cuatrienal.

Por otra parte, la industria química alemana trata de hallar un artículo que sustituya a los aceites vegetales, cuya importación podría hacerse difícil. Este producto se haría también a base de carbón.

Se espera lograr pronto un buen resultado.—D. N. B.

(«Le Peuple», Bruselas, 10-XII-37.)

La GESTAPO recoge los periódicos escandinavos

Berlín, 8. — Todos los periódicos daneses y algunos otros escandinavos han sido recogidos por la Gestapo por haber publicado una caricatura que se ha considerado injuriosa para el general Goering y el Dr. Schacht.

(«Le Populaire», 9-XII-37.)

La rivalidad yanki-japonesa en el Pacífico

Debido a la presencia de la aviación en el Pacífico, el problema estratégico de este mar va a resultar completamente modificado.

La inmensa extensión del Pacífico separa a dos continentes: el blanco americano y el asiático, entre los cuales existe un conflicto latente. El alejamiento de las orillas de estos dos mundos ha constituido hasta hoy un obstáculo para que se estableciera un contacto directo entre ellos. Pero la presencia de la aviación, que se dispone a lanzar sus tentáculos a través de los archipiélagos de Oceanía, hará que sea mucho más delicada la cuestión del Pacífico. El problema adquiere mayor actualidad porque los países ribereños de este gran océano recobran su completa libertad de acción en virtud de la reciente denuncia del pacto firmado, en 1922, en Washington. La navegación aérea va a tender, en efecto, sólidos puentes de un lado a otro del Pacífico, utilizando para ello pequeños islotos, que todavía ayer pasaban inadvertidos y que merced a la aparición de los hidroaviones van a entrar en el campo de la historia. Al examinar el mapa de Oceanía, se observa que puede establecerse una primera ruta aérea por el norte, desde Hawái y las islas Aleutias pasando por Dutch Harbour, hasta el archipiélago japonés. Pero esta ruta mal puede amenazar directamente el archipiélago nipón en sus puntos vitales, ya que el Japón está protegido por una serie de islas que se extienden por el norte hasta las Kuriles. Por otra parte, el Japón posee al este, con las islas Boniu, un excelente puesto avanzado. Añadamos, sin embargo, que el trayecto por el norte, siguiendo las islas Aleutias, es poco practicable para la aviación, a causa de las brumas y del mal tiempo que reina en esta parte del Pacífico. En realidad, es por el sur por donde van a hallarse en pugna los Estados Unidos y el Japón. En el sur tienen los norteamericanos las Filipinas, de extraordinario valor.

En cuanto al Japón, nadie ignora que toda su política de hegemonía en el Extremo Oriente está dirigida hacia los mares del sur; más concretamente, hacia las Indias holandesas. En este terreno es, por tanto, en el que se acentúa el peligro de que pueda surgir un conflicto. El tratado de Versalles ha dado al Japón posiciones muy interesantes para favorecer su acción hacia los mares del sur. Dichas posiciones están constituidas por la serie de archipiélagos que arrancan de las antiguas colonias alemanas—principalmente las Marianas, las Carolinas y las Marshall. Por su parte, los americanos, que, como es sabido, poseen dos núcleos muy importantes de territorio, con Hawái en el norte y las Filipinas en el sur, han sido suficientemente hábiles para posesionarse de ciertos islotos situados entre Honolulu y Manila, y entre Honolulu y Australia y Nueva Zelanda.

Merced a la utilización de esos islotos, tanto los norteamericanos como los japoneses, han podido establecer líneas aéreas susceptibles de adquirir cada vez mayor importancia. La disposición geográfica, tan particular, del Pacífico, ha favorecido el establecimiento de los servicios aéreos. Sabido es que existen en el Pacífico unos islotos conocidos con el nombre de «atolls». Están formados por cimientos madrepóricos asentados en cadenas de montañas submarinas; se presentan en la superficie del mar bajo la forma de un anillo de coral. Este anillo madreporico encierra una laguna protegida de las grandes olas del Pacífico por una especie de dique circular, que deja en el interior una superficie adecuada para los hidroaviones. Estos «atolls» ofrecen el inconveniente de estar, en su inmensa mayoría, desiertos y desprovistos de recursos. Algunos de ellos poseen bosques de palmeras; pero, en general, no disponen de más agua que la que les cae del cielo.

Además, los «atolls» aislados son difíciles de defender contra los tor-

pedeos navales. Pero, en cambio, son punto menos que inexpugnables, ya que por las peculiaridades de su contorno, que no permite fondear a los navíos, son muy difíciles de tomar. Tienen, es cierto, algunos canales que podrían sembrarse de minas para impedir la entrada de embarcaciones. Pero es posible asegurar su defensa haciendo en ellos importantes obras.

Además, se puede remediar su insuficiencia de recursos naturales por medio de depósitos de víveres y estaciones de destilación del agua de mar.

En resumen, la disposición de los «atolls» no podía menos de interesar a las naciones que quieren crear servicios aéreos que crucen el Pacífico. Hablemos, en primer término, de América: gracias a los aparatos Sikorski y Glenn Martin, los norteamericanos han logrado desde 1913 un enlace aéreo entre las islas Hawái y Manila, que funciona actualmente con regularidad. En el curso del año 1936, los «clippers» cuatrimotores hicieron 72 travesías entre San Francisco y Manila. El recorrido de 13.200 Kms. se efectuó en 60 horas de vuelo, con una media de 130 nudos. Entre Honolulu y Manila, la línea hace escala en tres islotos minúsculos: el primero es el de Mediwa, «atoll» de coral, situado a 1.160 millas marinas de Honolulu. El de Medway se utiliza ya como centro de cables submarinos. Desde aquí, la línea aérea se dirige a un segundo «atoll», el de Wake, igualmente solitario, y situado a 1.000 millas marinas de Medway. Los norteamericanos se disponen a dragar un canal para construir un puerto en la laguna. Por último, la tercera escala, antes de llegar a Manila, es la de Guam, situada a 1.360 millas de Wake. Parece ser que en esta isla se proponen hacer los norteamericanos trabajos de bastante consideración.

Los norteamericanos acaban de crear una segunda línea que pasa sobre Nueva Zelanda. De San Fran-

EN SUIZA Conferencia de León Nicole sobre España

Ginebra, 9 de diciembre. — León Nicole, presidente del Partido Socialista de Ginebra, de vuelta de un viaje por la España republicana, ha pronunciado, bajo los auspicios de la Sociedad de Amigos de España Republicana, una importante conferencia, a la que asistieron entre otras personalidades, el señor Rivas Cherif, cónsul general de España, y Fabela, delegado permanente de México en la Sociedad de Naciones.

El orador recordó que había estado ya una vez en España, en enero de 1937, y puso de relieve el progreso que pudo observar en la organización de la vida civil — abastos, administración, etc. — como en el ejército.

Nicole señaló la prosperidad de la agricultura y el cuidado que los campesinos españoles atienden a las labores del campo; subrayó el esfuerzo cultural llevado a cabo por los intelectuales madrileños bajo el fuego de los bombardeos.

El orador puso empeño en denunciar públicamente las mentiras difundidas por cierta prensa. A este respecto, dió cuenta de la visita que hizo al Museo del Prado y refirió algunas de las conversaciones que sostuvo con pastores protestantes de España, las cuales le permitieron apreciar las perfectas disposiciones tomadas por las autoridades republicanas para salvaguardar las obras de inestimable valor que constituyen el tesoro artístico de la nación.

(«La Voce degli Italiani», 10-XII-1937)

cisco a Auckland, por Honolulu, la distancia es de 11.110 km. El trayecto cruza el islote de Kingman Reef y la bahía de Pago-Pago, en las Samoa. Esta bahía constituye desde hace tiempo un excelente puerto que los Estados Unidos podrán fortificar ahora, una vez denunciado el pacto de Washington. Se están estudiando otros proyectos, en especial una línea de Kingman a Tahití, posesión francesa; otra, de Kingman a Australia, y, finalmente, una tercera que pasará por Nueva Guinea.

El Japón, por su parte, sintiéndose amenazado por las tropas norteamericanas, ha establecido líneas aéreas hacia los mares del sur. Ya está funcionando un servicio regular que pasa por Formosa, volando sobre el casi ininterrumpido rosario de islotos de las Liu-Kiú y de los Pescadores. Está a punto de crearse una línea que, partiendo de Tokio, pasará por las islas Boniu y las Marianas—con escala en Saipán—, se cru-

zará con las líneas americanas al norte de Jap, y desde allí se bifurcará para pasar ya por encima de las Palaos, ya sobre las Carolinas, con escala en el excelente puerto de Ponape y en el de Jaluit, estación de término de la línea, en las islas Marshall. Las tres posiciones de Ponape y Jaluit son, desde el punto de vista aeronáutico, estaciones de primer orden y ocupan una posición estratégica importantísima, ya que están equidistantes de las Filipinas y de Nueva Guinea.

Esta rivalidad aérea nipo-americana promete ser de las más interesantes.

(«Journal de Genève», 8-XII-37)

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

Ese auto en el que van cuatro hombres, intercepta el camino. Sus ocupantes aparentan haber quedado inmobilizados por una avería.

Carlo Rosselli, que lleva el volante, se ve obligado a parar. Sin la menor desconfianza, solicitada probablemente su ayuda, desciende seguido de su hermano. Son las siete y media de la tarde. De improviso, uno de los bandidos, traidoramente, se precipita sobre Carlo y, de dos tajos le secciona la yugular. Deja el puñal hundido en la carne. Nello Rosselli trata de defenderse; pero, rodeado enseguida por los cuatro hombres del auto gris, es apuñalado bárbaramente. Después, como apareciese en lontananza, procedente de Bagnolles, una mujer en bicicleta, la Srta. Besreux, peluquera, los asesinos, a toda prisa, arrastraron los cadáveres hasta un lugar apartado y subiéndose dos en el auto de Rosselli y los otros dos en el gris, parten a toda velocidad.

Disponen de treinta y seis horas para regresar a su guarida, sin temor a ser molestados.

Como se ve, trece años después, el fascismo repite en la persona de Carlo Rosselli, con una precisión técnica verdaderamente diabólica, todos los detalles espantosos del asesinato de Giacomo Matteotti, con la pequeña diferencia, sin embargo, de que, por imperativo de las circunstancias, esta vez elige para teatro de sus hazañas, uno de los rincones más apacibles de esta tierra de Francia que alberga a los proscritos y que está tan orgullosa del derecho de asilo que les otorga. Con otra variante además, de una crueldad fría y monstruosa, la de que no retrocede, esta vez, con

tal de desembarazarse de su terrible adversario, ante la perspectiva de hacer compartir al hermano de la víctima la misma suerte a que éste estaba inexorablemente condenado.

Con el asesinato de Carlo Rosselli, el fascismo demuestra no sólo que después de quince años de dominio, después de un año de Imperio, su régimen sigue viéndose obligado, para subsistir, a servirse del acecho y del puñal como medios irremplazables de gobierno, sino que significa a las democracias europeas — la prolongada impunidad quita todo freno a su audacia — que confiando en su tolerancia pasiva, en su condescendencia resignada, en su repugnancia por toda complicación susceptible de alterar el ritmo tradicional de su vida apacible, no teme, en los momentos críticos, perpetrar sus crímenes más allá de las fronteras del Estado, y que, lo mismo que no dudó hace año y medio, en exterminar en masa a la población etiope por medio de los gases asfixiantes, lo mismo que no titubeó, poco tiempo después, en destruir Madrid, Bilbao y Guernica, o en bombardear Valencia y Barcelona, o en torpedear a los navíos mercantes españoles en las propias aguas de la República, de igual modo está dispuesta, cuando ello puede beneficiarle, a trasladar al extranjero el campo de operaciones de sus sicarios o a obligar a los proscritos, sean cuales fueren las leyes del país que los haya acogido, a sufrir sin defensa la jurisdicción, según él única soberana, de sus tribunales secretos, de sus juicios sumarísimos, de su Ovra.

No se puede evocar la personalidad de Carlo Rosselli sin pensar en la inmensa labor por él realizada y en la que aún le estaba reservado realizar, sin sentir una emoción inexpresable.

Complaciase en afirmar, muy a menudo, que pertenecía a una generación de emigrados que no habían sido vencidos por el fascismo y que se negaban, por tanto, a fijar su mirada — siquiera fuese por un instante — en la contemplación melancólica e impotente del pasado; a una generación de emigrados que, después de haber sufrido persecuciones, se habían encontrado de nuevo en el exilio con la nostalgia de una

batalla que no habían podido librar y con una suma de experiencias en extremo instructivas sobre el fascismo.

No tenía más que treinta y ocho años y ya estaba, desde hacía casi veinte, en las líneas avanzadas del combate. No ha habido batalla de la Italia libre contra sus opresores a la cual no haya dado la aportación decisiva de su brazo y de su cerebro.

Jamás estuvo separado en él el pensamiento de la acción. En la crítica y en la polémica ponía siempre el ardor apasionado del carácter revolucionario con que pretendía asegurar la fecundidad de aquélla.

En el dominio de la lucha activa, su aportación bastaría, por sí sola, para llenar varias existencias de las más exuberantes. El es quien, en 1926, organizó la expatriación clandestina de Filippo Turati, con el fin de salvar y guardar para Europa a uno de los espíritus más nobles, más desinteresados y más representativos de su país. El es quien — desde la cárcel de Savone, en donde estaba encerrado — formula, en una carta dirigida al juez de instrucción, una de las actas de acusación más crueles que jamás procesó, alguno haya osado elevar contra el régimen que le persigue y pretende juzgarle. El es quien prepara y realiza la evasión prestigiosa de Lípari. El es quien, desde 1930, consagra la mayor parte de su actividad a la organización de la lucha revolucionaria en Italia. El es, por último, quien el 20 de julio sale para España y forma, casi por encantamiento, la columna italiana del frente de Aragón.

¡Sí! ¡El fascismo nos ha castigado duramente! Pero se engaña si cree que con ello nos ha hundido para siempre en la desesperación y en el pánico.

El crimen de Conternes precisa aún más, si ello era necesario, el sentido inexorable de la misión que incumbe al antifascismo. Misión de castigo y de liberación.

De todos los rincones de la tierra, millares y millares de italianos han jurado, sobre la tumba de Carlo Rosselli, que sabrán cumplirla, cueste lo que cueste.

Hoy más que nunca su consigna es: luchar hasta la muerte.

FIN